

Juéves 28 de marzo, 1839.

# EL PANORAMA,

PERIÓDICO DE MORAL, LITERATURA, ARTES, TEATROS Y MODAS.

INDICE DE ESTE NÚMERO. — Viajes: El Rey de Boussa.—Los Cruzados en Venecia: Novela.—Unidades dramáticas: (Continuación.)—Biografía de Leonardo de Vinci.—La mañana y la noche.—Poesía: Al Mar.—Ramillete.

## VIAJES.

### ÁFRICA. — EL REY DE BOUSSA.

Muchos de nuestros lectores saben sin duda que el Nijer ha sido visitado, desde su nacimiento hasta Boussa, reino de Yaouria, por Mungo-Park, donde se supone que este desgraciado navegante terminó trágicamente su carrera en el discurso del año 1806. Algunas relaciones subsecuentes diéron á conocer que el Nijer corría desde Boussa hacia el oeste, y que, según todas las apariencias, debía desembocar en el Océano Atlántico: en 1827 el capitán Clapperton y Ricardo Lander lo pasaron cerca del mismo Boussa, yendo desde la costa de Guinea á la capital del reino de los Felatahs, y en Boussa recojiéron algunas noticias sobre el fin de Mungo-Park. El capitán Clapperton murió en el reino de los Felatahs. Ricardo Lander se volvió

solo á la costa y en su caminata oyó decir que el Nijer desaguaba en el Océano. Restituido á Inglaterra dió cuenta de cuanto había visto y oído, y la exactitud de sus descripciones movió al gobierno británico á disponer, hacia fines de 1829, una expedición que tenía por objeto recorrer el Nijer desde Boussa hasta el mar, confiando á los dos hermanos Ricardo y Juan Lander la dirección de esta empresa, que tuvo un éxito completo.

Antes de llegar á Boussa atravesáron los dos hermanos un espeso bosque, á cuyo extremo se hallan las ruinas de una gran ciudad, que, según las noticias que allí corrían, acababa de ser saqueada por una horda de Felatahs: estos habían degollado á cuantos hicieran resistencia y conducido cautivos á los demas. Las ruinas eran considerables y daban indicio de numerosa poblacion. Algunos instantes después se detuviéron en una hermosa y vasta llanura donde crecían majestuosamente algunos árboles seculares: en ella encontraban asilo las aves de todas especies y una multitud de enormes monos que se

retiraban á paso lento al oír la detonacion de las armas de fuego; y allí pacían manadas de antílopes, retazando sobre el césped. Desde este sitio divisáron la ciudad de Boussa, situada en el continente y no en una isla del Nijer, como escribió el capitán Clapperton. Boussa se compone de un gran número de cabañas, aquí y allí esparcidas, y poco distantes una de otra; por un lado la ciñe el Nijer y por el otro una larga muralla con torres y fosos. Aunque tan bien defendida por el arte y la naturaleza, ha sido tomada una vez por los Felatahs. El terreno, jeneralmente fértil, produce con abundancia, arroz, trigo, el *tarab*, especie de centeno que constituye el principal alimento de los habitantes ricos y pobres. El rey y la reina de Boussa tienen cada uno por sí considerables rebaños de buen ganado; pero ninguno de sus súbditos posee un solo toro ni una sola vaca, porque no se les permite tener mas que algunos carneros ó una cabra. La caza es allí abundantísima y los habitantes procuran matarla con flechas; pero tan rara vez lo consiguen que en el discurso de un año apenas cogen una ó dos pintadas, animales de tardo vuelo y por consiguiente poco difíciles de herir. El gobierno del país es despótico. Todas las que-rellas entre particulares se someten al rey, quien absuelve y condena únicamente según su buena voluntad, bien que casi siempre con dulzura y moderación.

Después de algunas horas de espera, escriben los hermanos Lander, nos lleváron a presencia del rey, á quien hallamos en un cuarto interior de su palacio, conversando con la *Midiata*, título que dan á su principal esposa. Ambas nos felicitáron por nuestra llegada á Boussa con todas las apariencias de cordialidad, y nos aseguráron gravemente y con melancólico tono que habían pasado la mañana llorando la desgracia del capitán Clapperton (ha-

cia dos años que había muerto). No era esto imposible, á la verdad; pero, como al entrar no habíamos observado en sus fisonomías el menor vestigio de llanto, nos tomamos la libertad de no creer lo que nos decían. Presentamos en seguida á sus majestades los regalos que les llevábamos, y quedáron tan complacidos, en especial el rey, que, para probarnos su admiracion y gratitud, no pudo ménos de hacer y decir mil necedades, contemplando después por espacio de mas de media hora unos brazaletes de plata, una pipa y un antejo. El rey se distingue por la agudeza de su talento, y sus modales en nuestra presencia, aunque dulces y modestos, nunca desmintieron la real dignidad. Á la mañana siguiente, el rey, acompañado de su esposa, que es su consejero y su único confidente, nos honró con una visita en nuestra cabaña. Entráron sin ninguna etiqueta y estaban ambos vestidos con mas sencillez que muchos de sus vasallos. Llevaba el rey una túnica de algodón blanco, encima de otra blanca y azul de la misma tela, un birrete de paño encarnado y sandalias de cuero del mismo color. La reina no traía mas que una camisa, un pedazo de tela azul arrollada al rededor de la cabeza ocultando enteramente el cabello, un trapo sobre el hombro y ceñido al cuerpo otro que caía hasta la rodilla. Sus pies estaban desnudos, como tambien los brazos hasta los codos: adornaba cada una de sus orejas un anillo de cobre y ocho brazaletes de coral cada una de sus muñecas.<sup>27</sup>

Los hermanos Lander visitáron en seguida el Nijer, llamado por los naturales *Quorra*; pero al verlo, quedó frustrada su esperanza. Es tan estrecho en aquel paraje que sin esfuerzo puede tirarse una piedra de una orilla á otra. Alcanse en medio de la corriente negras y áridas prñas que causan impetuosos turbulios

en la superficie de las aguas. Allí supieron que, mas arriba de Boussa, dividen el rio en tres brazos dos grandes islas, y los guías les enseñaron el paraje en que Mungo-Park y sus infelices compañeros

dejaron de existir. Muchas versiones hay sobre la muerte del célebre viajero; la relacion mas circunstanciada es la de Amadi Fatouma, negro que Mungo-Park tomó como piloto para bajar por el Nijer



hasta Boussa y que habia llevado un dia-rio. El 19 de noviembre de 1805 salió Park de Sansanding con dos oficiales, tres soldados, tres negros y el piloto: despues de algunas aventuras y combates sosteni-

dos contra los indijenas, Amadi pidió que le desembarcasen en el reino de Boussa. Á la mañana siguiente, cuando iba á ver al rey, entraron algunos jinetes á informar á su majestad que habian pasado al-

gunos blancos sin dar nada para él. El rey mandó aprisionar á Amadi y envió tropas para ocupar, en la orilla del río, una roca por debajo de la cual tienen que pasar los barcos: los soldados llegaron antes que Park: quiso este forzar el paso, y le lanzaron picas, flechas y piedras. Defendióse largo tiempo: dos de sus esclavos fueron muertos: entónces mandó arrojar al río todas sus mercaderías: precipitóse tras de ellas: otro tanto hicieron sus compañeros, y todos se ahogaron. Varias dudas se han suscitado sobre la verdad de esta narracion. Un viajero ingles, residente á la sazón en Asiauty, oyó otra relacion, segun la cual habían acudido algunos negros á las orillas del Nijer para apartar á Mungo-Park de los escollos con sus gritos; él formó otro concepto acerca de sus intenciones y los rechazó. Habiendo azobrado el barco, saltó al agua la tripulacion para salvarse á nado: pero la corriente arrastró á todos estos desgraciados y se ahogaron.

El primer pensamiento de los hermanos Lander, al llegar á Boussa, fué el de inquirir datos sobre el triste fin de su compatriota; pero, conociendo la suspicacia de aquellos naturales sobre cuanto dice relacion al Nijer, creyeron deber disimular, y, al preguntarles el rey con grande interes el objeto de su viaje, respondieron sencillamente que deseaban ir al Bornou por Yauria y creian que les facilitaría medios para atravesar con seguridad su territorio.

El Rey de Boussa es uno de los hombres mas altos y hermosos de su reino, como tambien el mas activo y laborioso: está habitualmente enfermo porque siendo jóven tragó una buena dosis de veneno que le dió un su enemigo. Los otros jefes y los habitantes acomodados de aquella parte del África pasan la mayor parte de la vida durmiendo ó pierden el tiempo en puer-

riles y frívolas ocupaciones; pero su majestad Boussense, cuando los negocios públicos no reclaman su atencion, ocupa útilmente todas las horas libres en vijilar el trabajo de sus esclavos, en hacer sus vestidos, en abrir nuevos caminos y en reparar y ensanchar los antiguos. Rara es la excepcion en aquellas rejiones un jefe que se digna cuidar de las comunicaciones públicas; pero la razon que para ello dá ofrece tanta singularidad como sensatez. "Si mis enemigos, dice, se acercasen á mis puertas con intenciones hostiles y hallasen todos los caminos cubiertos de mala yerba, no exclamarían entre sí: Oh! el rey de Boussa es un príncipe cobarde y perezoso, su ciudad contiene pocos habitantes porque en el camino no se ve la huella del hombre: vamos á atacarla, que presto caerá en nuestras manos? Pero sí, por el contrario, ven un camino ancho y trillado no podrán ménos de decir: Este camino está muy frecuentado: la ciudad á donde va debe de ser populosa, fuerte, floreciente y valeroso y vijilante el monarca: retirémonos, que vamos á ser vencidos."

Una noche, dormían los dos hermanos Lander tendidos en sus esteras: despertólos súbitamente un gran vocerío de allicion y una espantosa barahúnda producida por el choque de toda especie de utensilios domésticos: su intérprete se precipitó sin aliento en la cabaña y les dijo con voz temblona que el sol estaba arrastrando á la luna por los celestes espacios y que el mundo tocaba á su fin. Algunos sacerdotes musulmanes que se incorporaban á los grupos decían que el eclipse procedía de la obstinacion y desobediencia de la luna para con el sol; que descontenta de andar siempre el mismo camino había buscado una ocasion de apartarse de él y entrar en el de su rival; pero que este castigaba su atrevimiento envolviéndola en tinieblas y reduciéndola á meterse en su

territorio. Esta grotesca explicacion del fenómeno de los eclipses mereció la confianza del rey, de la reina y de la mayor parte de los habitantes de Boussa, que con aquella infernal encerrada querían obligar al sol á entrar de nuevo en su esfera, dejando á la luna alumbrar el mundo como siempre.

Y qué diremos de la linda fiesta que presenciaron los viajeros ingleses? Iba á anochecer cuando el rey de Boussa salió de su palacio para mostrarse al pueblo: recorrió la ciudad acompañado de sus cortesanos, los cuales iban tocando tambores, pifanos y trompetas árabes. Oprimía su magestad un soberbio caballo suntuosamente enpeñado. mil grupos de individuos con festivos trajes estaban sentados en los árboles, unos con lanzas, otros con carcajes llenos de flechas y otros con sendas colas de vacas. Cuando los últimos empezaban á cantar agitaban las colas por encima de sus cabezas, ó bien las lanzaban al aire á grande altura meneando las piernas con maravillosa velocidad; no satisfechos los músicos con atolondrar á la ciudad entera con su satánica y discordante música, aullaban como energúmenos y hacían cabriolas con inexplicable agilidad y espantosísimos gestos. Por una antigua costumbre, que aun conserva todo su vigor, el rey de Boussa arregna cada año á su pueblo el día en que tal fiesta se celebra: duró el discurso cerca de una hora, y al pronunciarlo blandía el monarca á guisa de cetro una cola de león. Al día siguiente bailó su majestad en la plaza pública en presencia de sus vasallos, ejecutando algunos pasos con mucha tiesura y gravedad, entre los gritos de entusiasmo y los aplausos de la muchedumbre. Concluidos estos primeros pasos, comenzó el rey un baile que consistía en imitar el galope corto de un caballo que va á la guerra. Era esto admirablemente ridículo, como puede pensar el lector. Su majestad se volvió á su

habitacion saltando á la coa cojita con imperturbable gravedad.

Creemos que bastan estas anécdotas para formar una idea de las estrañas costumbres de los habitantes de Boussa. Ricardo Lander, que las ha suministrado, hizo otros tres viajes á África y pereció allí de un balazo asestado por uno de los infames europeos que hacen el comercio de carne humana.

## LOS CRUZADOS

# EN VENECIA, ó la fingida Emperatriz.

### INTRODUCCION.

Corría el año de 1199: ocupaba la silla de S. Pedro Inocencio III, Felipe Augusto el trono de Francia, y Ricardo coronado de león el de Inglaterra. Balduino, conde de Flandes y de Hainault: Luis, conde de Blois y de Chartres: Mateo de Montmorenci: Godofredo, conde de Perche, Enrique, conde de S. Pablo: Bonifacio, Marques de Monferrat: y otros muchos señores de la primera nobleza europea tomaron la cruz para ir á la conquista de los santos lugares en que se obraron los venerables misterios de la redencion del género humano.

Era Dux de Venecia el famoso Enrique Dandolo, y en principios del siglo décimo tercio se reuniéron en aquella ciudad los peregrinos cruzados, habiendo contratado con Enrique el transporte del ejército católico á Palestina por la suma de ochenta

y cinco mil marcos de plata. Debíó ser curioso, extraordinario, magnífico espectáculo ver inundada la grande y fastuosa ciudad de Venecia por un enjambre de bruscos caballeros de la corte de Felipe agosto, armados de punta en blanco, desdeñando aun el quitarse los ferrados guantes para dar la mano á una dama delicada. Aquellos hombres de hierro, fundidos por dentro como por fuera, doblegaban tan difícilmente su voluntad como sus rodillas.

La embalsamada atmósfera de la ciudad de las setenta y dos islas envió en breve la aparentemente indomable fortaleza de aquellos guerreros: los terciopelos de las gondolas en que suavemente se mecían atravesando los canales sombríos y misteriosos: los acentos májicos de una música deliciosa, que sin cesar resonaban en las rejones del viento, triunfaron poco á poco de aquellos petrificados corazones; y desde que principiaron á dejar de ser bárbaros dejeneraron en débiles. Á la debilidad sucedió fácilmente el abandono: las corazas, los yelmos, las dalmáticas eran ya de insuportable peso: la sedería, los brocados, las gallardas plumas desterraron el acero reluciente: los alegres brindis, el concierto armonioso de las guitarras y laudes ahogaron el eco de las bélicas trompetas: los placeres sensuales, en fin, fuéron causa de que los cruzados, en medio de la mas refinada molice, se olvidasen de que su Dios habia espicado en un rústico leño, y de que las broñas salpicadas con su sangre preciosa eran objeto de profanacion para los enemigos musulmanes.

Transcurrió un año, y los cruzados esperaban en la deliciosa Venecia el equipo de la flota que los habia de conducir á Palestina: disipando entre tanto locamente los ochenta y cinco mil marcos en que estaba contratado con el Dux el transporte. La

mayor parte habia contraído ademas empeños cuantiosos para prolongar aquel sueño seductor de mentida felicidad, que tan pronto debia terminar, convirtiéndose en realidad infeliz y aun desastrosa.

La cautelosa política del Dux, anciano consumado en las artes de la guerra y la paz, puso en juego todos los resortes de que estaba en su mano valerse para arruinar á los caballeros franceses con sus prodigalidades y vicios, habiéndoles propuesto acaso él mismo el viaje de Venecia, con el objeto de que sepultasen en las pantanosas tierras del Adriático sus riquezas, y sirviesen, una vez empobrecidos, á los secretos designios de la ambiciosa república. Cortesanas y espías: he aquí los dos medios infalibles, á juicio del Dux, para triunfar de los soberbios paladines á quienes creyó imposible vencer de otra manera.

Uno de ellos, Bonifacio de Montferrat, reuniendo á las fuerzas de una lozana juventud las gracias todas de la naturaleza, entusiasta de los placeres, era un extravagante compuesto de dos elementos fatales: el vicio y la supersticion. Divididos sus afectos entre las mujeres y los eclesiásticos, no reconocía otras imágenes del criador sobre la tierra: y pasando la mitad de su vida á los pies de aquellas en cometer desórdenes y liviandades, empleaba la otra mitad arrodillado delante de los últimos pretendiendo repararlos. Un trovador que festejase á sus queridas: un sacerdote que purificase su conciencia: y por único intervalo un judío usurero que le abriese sus cofres, ratas eran las mas caras relaciones del Marqués de Montferrat, y ni aun en sus mas desenfrenadas orjas le abandonaba ninguna de ellas.

## EL GRAN CANAL.

Deslizábase cierta noche por el gran canal de Venecia una góndola, á cuatro remos, que parecía caminar en busca de sombras y misterios sulcando lentamente las aguas por entre cien palacios de mármol, en cuyos muros reflejaban trémulos y entrecortados los rayos de la arjentada luna, como temerosa de que uno de ellos, méano discreto, fuese á quebrarse sobre la obscura tienda que servía de techo á los silenciosos navegantes.

Varios caballeros, cubiertas las ya poco respetadas cruces con ricas capas, ocupaban los blandos y elásticos vellones de la góndola. A la parte de proa iba en pié un jóven de aventajada estatura, sobre cuyos hombros ondeaban ensortijados cabellos mas negros que el ébano: entre su brazo izquierdo y su pecho se veía un laud engalanado con cintas verdes y encarnadas; en su birrete de paño oscuro lucía una blanca lis.

Completaba aquel cuadro un personaje de exterior grosero, cuya fisonomía ordinaria y humilde se afeaba mas y mas con la singular expresion de una inquietud tan pavorosa como forzosamente disimulada. Reconociase en él con facilidad uno de aquellos miserables judíos, cuya abyerta condicion en la edad media inducía al mas alto y jeneral desprecio, bien que algunos poseyesen ya en aquella época, riquezas de consideracion.

El que parecía mandar en jefe dentro de la góndola se levantó de su almohadon, y dijo á los que le rodeaban: Señores, os he prometido que veréis á mi querida. Ya estamos cerca de su encantadora mansion. Conde de Blois, Enrique de S. Pablo, Guido de Cernay... abrid vuestros ojos, por la cruz sacrosanta! ¡Jamás habrán mirado hermosura mas peregrina! Y tú, mi amado

Pablo, tú que improvisas sobre los tonos májicos de tu delicioso laud, canciones de fuego, reconcentra las fuerzas de tu ingenio; busca en lo mas recóndito de tu sensible corazon las mas tiernas expresiones que cantó nunca en un enamorado bajo los balcones de su adorada. Que Margarita quede contenta, y nada te sabrá negar mi agradecida generosidad!

— ¡Margarita! repitió suspirando el jóven de la blanca lis y los cabellos negros, teniendo inmóvil su engalanado laud: Margarita! Yo os prometo dejarla contenta, añadió con amarga sonrisa.

— Pensad, Señores, continuó el que había hablado primero: pensad que vais á ver una Princesa real. Es Margarita de Hungria, viuda del emperador Isaac Comneno, prófuga de Constantinopla, oculta en Venecia para substraerse á las crueles persecuciones del usurpador Alejo. Yo la volveré..., si... yo la volveré, por la cruz sacrosanta, á su perdido trono, si Dios me ayuda, y si vosotros queréis secundar mis denodados proyectos.

— ¡Su trono! murmuró el improvisador, indicando en el movimiento de sus ojos un compasivo desprecio. Para conseguirlo necesitais, como decís, la asistencia de Dios, que dudo quiera asistirnos en esta expedicion; pero siempre podeis contar mas sobre seguro con los servicios de este judío que se arrastra aquí á vuestros pies como un can miserable, y que será muy posible os muerda algun dia por equivocacion ó desigüio, si no sabéis guardaros de sus dientes. ¡Yaoud! ¡Yaoud! Buen Yaoud, prosiguió Pablo, dando con el pié al hombre que yacía casi enroscado en el fondo de la góndola: vos sois el que ha descubierto al noble Marques de Montferrat esa preciosa Margarita, esa Princesa refugiada en Venecia, esa llor balsámico, de cuyo tronco habeis arrancado con vuestras manos arrugadas las espigas punzantes,

para que el caballero de la roja cruz pueda disfrutarla sin peligro ni daño.

— Si, contestó friamente Yaoud.

— Señor, continuó Pablo, no os fieis de los amores ni de los judíos en Venecia. La traicion y la muerte atraviesan sin cesar estos canales, enguirnaldadas sus frentes alevosas con cicuta y beleño: las cortesanas ciñen sus cabezas con diademas que deslumbran: fijan vuestra atencion, embriagan vuestros sentidos, y aprovechan la mas minima de vuestras distracciones para robaros la cadena de oro que pendie de vuestro cuello. Hay tambien judíos que prostituyen vilmente á sus hijas: que las hacen servir de instrumento á los ambiciosos desiguos de... y que pierden á los que adoran en ellas.

— Si te ha engañado tu querida, interrumpió el ya impaciente Marques, nada nos importa: evitanos el disgusto de oír la narracion de tus infortunios, que ahora carecería de oportunidad. Pronto, amigo Pablo, temple tu laud: témpialo y canta. Estamos precisamente delante de los balcones de mi idolatrada Margarita. Canta con el primor que sabes, y tal vez conseguiremos que se presente. Vuelvo á decir que te recompensaré con jenerosidad.

— ¡Pobre Pablo! exclamó el poeta, moviendo airadamente la cabeza: te mandan cantar, sin dignarse examinar siquiera si tus ojos están enrojecidos todavía con el llanto abrasador que han derramado: quieran que suenen en tus labios palabras de miel, cuando tu corazon se abisma en la hiel mas amarga! No: no cantaré bajo estos balcones: no soy vuestro loco para reinar cuando el Marques de Montferrat me lo mande: no soy vuestro perro para ladrar cuando se os antoje. Este infame Yaoud cantará por mí: mandádselo. Él os obedecerá gustoso, puesto que es él quien os ha entregado la bella Margarita.

El contristado jóven sollozaba con todas sus fuerzas, y á sus mal sofocados gemidos mezclaba alternativamente los nombres de Margarita y de Yaoud con el de Enrique Dandolo, exclamando de tiempo en tiempo: ¡traidores! ¡espías! ¡asesinos!

Mucho costó al enamorado Marques reprimir un súbito movimiento de encolerizado furor. No sabía á que atribuir tan no acostumbrada repugnancia por parte de Pablo; ni adivinaba tampoco cual pudiera ser la causa del sombrío pero desesperado fuego que brillaba en los ojos aun húmedos del consternado trovador.

Hizo alto la góndola ante las gradas de un magnífico edificio, á la extremidad de la isla de Rialto, cerca del puente de barcas que servia de comunicacion á los dos principales cuarteles de la ciudad, ántes de que se construyese otro puente famoso que tomó luego el mismo nombre.

En un grande y macizo balcon de piedra ondeaban las guarniciones de un cortinaje á barras verdes y encarnadas. El Marques refrenó su cólera; y haciendo un esfuerzo, aunque en verdad penoso, dijo con aire de tranquilidad:

— Mi querido amigo, mi amado Pablo, si quieres hacer al caballero de la roja cruz, al Marques de Montferrat el obsequio de tocar y cantar delante de esta mansion dichosa, consagrada á la belleza cuyas cadenas arrastra mi corazon esclavizado, te juro aquí sobre este bruñido y resplandeciente acero, por la fé de noble y por el voto de peregrino, que he de concederte la merced que me pidieres, de cualquier jenero que sea, ora la exijas hoy, ora dentro de un siglo, aun cuando me hallase sobre el borde de mi sepulcro.

— ¡Por la fé de noble, y por el voto de peregrino!

— Si.

— Consiento; pero recordad que encomiando al Todo-poderoso el cumplimiento

to de vuestra palabra; que se dignará recogerla, y que es posible la reclame yo algun dia.

— Canta.

— Cantemos pues!

(Se continuará.)

## LITERATURA.

### DISCURSO

#### SOBRE LAS UNIDADES DRAMÁTICAS.

(Continuacion.)

Preguntará alguno ¿por qué se han de escoger para la fábula dramática asuntos que no quepan dentro de los límites de las unidades de lugar y de tiempo? — Por la misma razon que ha movido á los clásicos á elegir argumentos que no cabían en las dos ó tres horas que durase su representacion, como lo exigiria el rigor de la regla. Por no defraudar al teatro de muchas bellezas, y al entendimiento de muchos gozes; porque hay infinitos asuntos muy dramáticos, cuyo desarrollo pide mas tiempo; porque un retrato microscópico poca razon dará del sujeto á quien representa. ¿Es creíble que un *Malgastador* se arruine en un dia, como se vé en la comedia de Destouches que lleva este título? ¿Se podrá pintar completamente, en la noche de Montiel no mas, el desigual carácter del rey D. Pedro? El cambio del desden ó de la coqueteria al amor obrado en el corazón de una dama por medio de la indiferencia fingida de un galán ¿donde aparece mas verosímil? ¿En *La Princesa de Elide* de Moliere, y en *La Coqueta* cor-

*rejida* de Lanoue, ó en la bellissima produccion de Moreto?

Estos escollos presenta el rigorismo clásico; los del otro sistema conducido á su extremo son igualmente peligrosos. Si solo por capricho, si con sobrada frecuencia y simultaneamente, se infrinjen las tres unidades ¿qué espectador podrá deleitarse con una pieza inconexa, sin artificio, sin objeto? ¿Quién entenderá siquiera semejante barahunda? Salea don Pedro y doña Leonor, ó sea el gran Turco y la princesa de los Ursinos; dicen treinta versos y se retiran: múdase la decoración, y aparecen con los nuevos bastidores, nuevas personas, nuevo dia ó nuevo año, y nuevos intereses, y dando así un salto mortal en cada escena, recorreremos las cuatro ó cinco partes del mundo, y la historia de toda una dinastía. Esto ¿quien lo pudiera defender? Tan digno es de censura quien sin necesidad manifiesta, palpable, que la sienta que la vea el espectador, le hace viajar desde Toledo á Batisbona, como el que quiere hacernos creer que en el término de un solo dia se pone sitio á una plaza, se le dan varios asaltos, capitula en fin y se rinde por hambre.

¿Han llevado los dramáticos modernos la licencia hasta un extremo tan reprehensible? Arriesgado me parece asegurarlo si se atiende á la jeneralidad y no á las excepciones. — No hablemos de España, donde se ha escrito poco desde la emancipacion del dominio clásico, y lo poco que se ha escrito es conocido de todos los que me escuchan; pero aun en Francia, donde cuando se desatina se suele desatinar mucho mas que en nuestro pais, que llaman ignorante y atrasadísimo, la infraccion de las unidades no es jeneralmente tan violenta que deba calificarse de absurda, y merezca combatirse con todo el rigor de la crítica, con toda la indignacion del buen-gusto ultrajado. Desde luego tanto

los apóstoles de la nueva doctrina, como la numerosa cohorte de sus imitadores, respetan la unidad de acción como quizá tal ó cual autor clásico paisano suyo no la ha respetado: por clásico se reputa á Corneille, y en *Horacio* y en *La Muerte de Pompeyo*, diestro será quien halle la unidad de acción observada. Si pasamos lista á todas las composiciones de Hugo, de Dumas, de Delavigne, de Vigny, veremos que en algunas la acción es tan sencilla que apenas admite un ligero episodio, como se vé en *Antoni*, en *Chaterton*, en *Anjela*. En otras, la unidad de lugar está limitada á una casa ó palacio, como en *Teresa y Carlos VII*: en otras de mas movimiento, al recinto de una ciudad, como en *María Tudor*, y *El Rey se divierte*. La licencia con respecto á la unidad de tiempo la usan de tal modo en estos dramas los autores mencionados, que el espectador lejos de ofenderse, ni aun reparar en ella. La acción de *Lucrecia Borjia*, si, pasa en Venecia y en Ferrara, la de *Heranni* en Zaragoza y en Aquisgran, la de *Anjela* en Paris y en los Pirineos. Á los que parezca esta licencia excesiva, yo sin entrar en el prolijo empeño de justificarla, les rogaré que examinen detenidamente si el argumento que escogió el autor para el drama en que la usa, la hace necesaria, si resultan bellezas de este que se mira como defecto; y si las hallan basta para disculparlo. Á nadie menos que á un español está bien valificar de absurdo una libertad que no llega á la que ha existido entre nosotros mientras hemos tenido un teatro nacional. El *Napoleon* de Alejandro Dumas comienza en 1793 y acaba en 1821; pero, sin citar la comedia de *Los siete durmientes*, tenemos alguna cuya duracion abraza siglos enteros: además de que el *Napoleon* es una de aquellas piezas de circunstancias escritas para que se luzcan un pintor y un tramuyista, por las cuales

no se puede juzgar á ningun poeta. *Ricardo Dartington*, obra del mismo ingenio, tiene un prólogo en el cual se supone que nace el que ha de ser despues el heroe del drama; pero este prólogo, como ya lo implica su título, es una acción completa, aunque reducida, un drama á parte, que hace tan poca falta para la intelijencia del segundo, que en España se ha representado sin él, y nadie lo ha echado ménos. Del mismo jénero son el prólogo y el epilogo de *Cristina*. Así desaparecen, cuando se mira á la luz de una crítica justa y desapasionada, muchas de las que á primera vista se presentan en el teatro frances moderno con el aspecto de monstruosidades.

Desaprobemos altamente el objeto político de alguno de estos dramas, puesto que podemos hacerlo impunemente; desaprobemos su objeto moral; pero acordémonos de que nuestros antiguos dramáticos, aunque escribían de buena fé, sin ánimo de destruir creencias que profesaban, y sin sospechar que podrían ofender conciencias asustadizas, emplearon las mismas situaciones de que nos escandalizamos en las composiciones modernas. Si nos indigna el acto tercero de *El Rey se divierte*, hagamos memoria del final del primer acto de *El Barbadór de Sevilla*: la situacion es idéntica, el hecho absolutamente el mismo. Si en la *Adela de Antoni* y en *Anjela* vemos con disgusto dos mujeres infelices ó culpables, tengamos presente aquella dama de *El Médico de su honra*, aquella escena del bosque de la comedia de Calderon, *El Alcalde de Zalamea*, y la que se ve en *No hay cosa como callar*, comedia del mismo autor, el cual nadie ignora que fué sacerdote; y en fin, que si en *Alfredo de Alvarmar* ha pintado Dumas un ateo, en la comedia de *Tivso Tanto es lo de mas como lo de menos* hay un personaje que expone y practica tambien el impío sistema del materialismo sin mas diferencia entre am-

los autores que emplear, para decir impiedades, versos el romántico que fué y prosa el romántico que vive. No es mi objeto al hacer esta digresion acriminar á nuestros poetas antiguos para disculpar á los escritores franceses modernos: el escrúpulo moral reinante ahora entre nosotros es para mí muy respetable en atencion á su índole, y solo será de sentir que se apodere de él la hipocresía y lo emplee en perjuicio del arte y aun de la moralidad. Si el Teatro no se ha de limitar á divertir al pueblo, si ha de aspirar á instruirle, solo cumplirá su misión á medias cuando diga al espectador: haz bien; es necesario que le pueda decir: este es el mal, huye de él. No hagamos que se repita en España la grosera contradiccion de que hemos sido testigos: á Moratin se le acusaba de inmoral, y su *Mojigata* estaba prohibida cuando veíamos en pacífica posesion de la escena á *Marta la Piadosa*. No atribuyamos al Teatro efectos que él no produce. Un extranjero pretende que los suicidios se han aumentado mucho en su país desde que el suicidio es frecuente en el Teatro: ninguno se suicida por imitar á un personaje de comedia, sino porque está demente ó porque no cree en la otra vida, y esta incredulidad no se adquiere en el Teatro sino en la lectura de ciertas obras abominables que ni siquiera conviene nombrar. El Teatro es verdad que influye algo en las costumbres, y por eso se ha de procurar que influya útilmente; pero su influencia no es tan grande como algunos han creído. Sabemos los españoles para nuestra satisfaccion y consuelo que en el tiempo en que apenas se ejecutaba en nuestros *carrates* comedia en que no hubiera escalamiento, rapto, violencia, dama en cinta y galán que por haber hecho una muerte andaba á sombra de tejado; en el tiempo en que las cuchilladas servían de principio, medio y fin á toda accion dramática, no eran las costumbres en Espa-

ña peores que ahora, ni nos dicen las historias que amaneciesen cada dia cinco ó seis hombres muertos en las calles de Madrid, Sevilla ó Toledo.

Volviendo ya á la infraccion de las unidades, quizá se me oponga que los antiguos no disculpan á los modernos, porque unos extravíos no autorizan otros: más en verdad que de absurdas fueron calificadas por mucho tiempo las tragedias de Schiller que ahora solo tienen admiradores; que se movieron del Cid de Corneille algunos que habian aplaudido con entusiasmo su Melita, y que á Racine le dijeron que la Atalia era lo peor que habia escrito. Pasará el tiempo, los autores modernos pasarán á ser antiguos, y la posteridad al juzgarlos quizá diga de nosotros que tanto al encomiar sus obras como al censurarlas pasamos la linea de lo justo.

J. E. HARTZENBUSCH.

(Se concluirá.)

## LEONARDO DE VINCI,

PINTOR FLORENTINO.

— a —  
 Aunque tu letter di queste note,  
 Se á te vuoi esser buono, e á gl'altri caro,  
 Vogli sempre poter quel che tu devi.

LEONARDO VINCI. — POESIA.

Vinci, pequeño pueblo de Italia en el Valle de Arno, situado á pocas leguas de Florencia, fué la patria de Leonardo. Su padre, Pedro Vinci, lo destinaba á la carrera eclesiástica, pero advirtiendo la natural inclinacion de Leonardo á la pintura, pues no hacia otra cosa que dibujar, resolvió no contrariarlo, y lo llevó á Florencia donde le puso bajo la direccion de Andres

Verrocchio, pintor de mucha reputacion en aquella época é íntimo amigo suyo. Admirado Verrocchio del talento y disposicion de su jóven discípulo, y de su gran facilidad para el dibujo, mucho mas admirable en un muchacho que no habia recibido leccion alguna, no tardó en ponerle en la mano la paleta y los colores. Fuéron tan prodigiosos sus adelantamientos, que al poco tiempo pudo decirse que excedía á su mismo maestro. Estando este en el convento de religiosos de Valumbrosa en S. Salvi, pintando un cuadro, cuyo asunto era san Juan bautizando á Jesus, dijo á Leonardo que estaba cansado, y que diese el colorido á un ánjel que tenía en las manos unas vestiduras. Al principio rehusaba Leonardo poner las manos en una obra en que trabajaba su maestro (á quien respetaba mucho); pero insistiendo este, tomó al fin la paleta, y se puso á pintar, desempeñando su cargo con tal maestría que dejó muy atras lo restante del cuadro de Verrocchio, y todos los inteligentes confesaron unánimes que nada podia igualar á la belleza del ánjel. Avergonzadó Verrocchio al verse vencido por un discípulo suyo, tan jóven, allí mismo hizo pedazos la paleta y arrojando los pinceles, juró no volver á manejar colores, despidiéndose para siempre de la pintura.

Luego que salió Leonardo de su escuela, empezó á manejarse por sí, y pintó en Florencia algunos cuadros, que segun el Vasari, son: una Nuestra Señora, que compró el papa Clemente VII, un cuadro de Adán y Eva, para el rey de Portugal: un dios Neptuno, y algunos retratos. Como su primer maestro, el Verrocchio, no habia sido solo pintor, sino tambien escultor y arquitecto, Leonardo se aprovechó mucho de sus lecciones, y adelantó tanto en la arquitectura como habia hecho en la pintura y escultura.

En este tiempo Ludovico Sforzia, llama-

do el Moro, protector acérrimo de los artistas contemporaneos, y admirador de las obras de Leonardo, le propuso fuese á Milan, señalándole 500 escudos anuales; descendió el artista y á su llegada creó una academia de arquitectura, en la que destruyó el estilo gótico introducido por Michelino, y restituyó el arte á su antigua y primitiva pureza. Varias fueron las obras que tuvo Leonardo á su cargo en este tiempo, y entre ellas la conduccion de aguas desde el Ada hasta Milan, obra que desempeñó con maestría, y que era digna del sublime jenio de Leonardo, por la noble emulacion que causaba entre los artistas el gran canal construido doscientos años antes, en tiempo de la república, á la otra parte de la ciudad.

Concluida esta obra que le acreditó como ingeniero, le mandó Sforzia que en el refectorio de PP. Dominicos de Sta. María de Gracia, pintase un gran cuadro, cuyo asunto era la cena de Jesucristo con los Apóstoles. En este cuadro desplegó Vinci todos los primores de su maravilloso pincel, de tal manera, que todos confesaron y confiesan es una de las maravillas del arte, pues nada puede aventajarle ni en colorido, ni en dibujo, ni en expresion. Pintó con tanta maestría las cabezas de los Apóstoles, que al llegar á la del Salvador, incomodado porque no podía darle mas expresion, la dejó en bosquejo. Pareciale al Prior del convento que tardaba mucho en pintar el cuadro, y así lo dijo varias veces á Leonardo y aun al mismo Duque; hasta que una tarde estando el Duque con Leonardo en su estudio entró el Prior, é hizo la misma interpelacion, pero Leonardo dijo que solo faltaba la cabeza de Cristo y la de Judas; mas como no podia formar una idea exacta de la belleza del hijo de Dios, le costaba mucho expresarla con el pincel; la cabeza de Judas, añadió dirigiéndose al Duque, como que es hijo del

«inferno la tengo ya en el pensamiento, y no deja de suministrarme idea para ella.» «el jeso de este fraile, que tan groseramente nos está importunando á ambos.» En el mismo refectorio donde pintó esta cena, retrató de tamaño natural al Du-

que Ludovico, á la Duquesa Beatriz, su esposa, y sus dos hijos. Pintó tambien su nacimiento en una tabla para un altar por mandado del mismo Duque, cuadro que fué regalado luego al Emperador.

Despues de la muerte del Moro, acceci-



da en el año de 1500, hallándose prisionero en Francia y encerrado en la torre de Loces, con motivo de las guerras, se entibió mucho en Milan el entusiasmo por las bellas artes, y se destruyó enteramente la academia creada por Leonardo, de la que habian salido distinguidos artistas, co-

mo Melzi, Sesto, Lovino, Salaino, Vegioni, y otros.

Las revoluciones de Lombardía y las desgracias de los Sforzias, protectores de Leonardo, le obligaron á dejar á Milan y volverse á Florencia, donde pintó aquel famoso carton de la Virgen con Jesucristo,

Santa Ana y S. Juan, que por verlo corría á gran prisa el pueblo. Debiéndose adornar la sala del Consejo en Florencia en 1503, se eligió por decreto público á Leonardo para que la pintara. Para este efecto hizo un boceto precioso que representaba una historia de Piccino. Empezó á pintar al óleo, y cuando tenía pintado mas de la mitad advirtió que por haber puesto una imprimacion muy fuerte, saltaba el color; por consiguiente tuvo que dejar el trabajo, y á los pocos dias se fué á Roma.

Uno de los enemigos mas acérrimos de Leonardo era Miguel Ángel Buonarroti, quien procuró quitarle el crédito con cuentos y chismes que inventaba. disgustado Vinci del proceder de Miguel Ángel, al que sin embargo apreciaba, resolvió pasar á Francia, donde le llamaba Francisco I, que enamorado de sus obras de Milan, quería tenerle á su lado. Allí hizo varios cuadros que fueron muy aplaudidos, hasta que estando pintando una cacería en Fontainebleau, se puso malo. Fué el Rey á visitarlo, y al entrar S. A. en el aposento, quiso Leonardo incorporarse, pero le sobrevino un accidente y espiró á los 75 años de su edad en los brazos de Francisco I que le sostenía la cabeza.

Fué Leonardo de Vinci muy hermoso de cuerpo, pasó la juventud con filosófico descuido, se dejó crecer barba y cabello, de manera que parecía un Hérmes ó un Druida. Era excelente jeómetra y tenía grandes conocimientos de mecánica y astronomía, perspectiva y óptica. Era así mismo excelente músico y no mal poeta. Los tres versos que van á la cabeza de este artículo forman el último terceto de un soneto suyo que es lo único que ha podido hallarse de sus poesías.

J. M. VELARDE.

## LA MAÑANA Y LA NOCHE.

¡Cuan bella es la mañana cuando la luz del dia, rompiendo el tenebroso manto de tinieblas que envuelve la atmósfera, comienza á aparecer extendida en mil rayos! Cuando los gozosos cánticos resuenan por todas partes y el ruido de las faenas domésticas interrumpe nuestro sueño!

Las nubes despliegan sus franjas teñidas de oro y púrpura, brillan las cumbres de las altas montañas y la brisa undulante ajita las copas de los árboles: los valles se cubren de diamantino rocío, el mar refleja los rayos del Sol naciente y las bulliciosas olas se estrellan en la ribera.

Cada flor levanta su córola abatida un instante, el insecto bate las alas y vuela en el espacio.

Todo está sosegado en la naturaleza; la creacion parece agradecida al reposo que acaba de gustar y mas lozana y mas bella despierta de su sueño. El cielo está sembrado de bandas de fuego y las chimeneas de las cabañas medio ocultas por los bosques humedecidos por los vapores de la noche lanzan á la morada de los ángeles el humo en azuladas espirales.

¡Cuan pura resuena á mi oído la hora de la aurora cuando la compana de la aldea la anuncia á sus habitantes!

Sin embargo, hay otra hora cuya influencia secreta me complazco en sentir, una hora de silencio profundo, melancólico y religioso; esta hora es la del dia moribundo cuando desaparece el fulgor del astro luminoso, cuando las estrellas cubren el firmamento; la voz enmudece entonces; pero el alma se conmueve y el hombre siente.

Esta es la hora de las visiones; en esta hora todo pierde su color, toda forma se

borra y se sueña en ángeles y serafines.

Los pensamientos reposan entónces sobre el corazón, semejantes á las gotas de rocío en el cáliz de una flor: la flor conserva el rocío, el corazón conserva religiosamente los pensamientos y la aurora matutina pasa sobre los pensamientos y el rocío.

Entónces el espíritu inmortal querría tener alas y remontarse en el espacio cual águila atrevida.

La aurora es bella, brillante y dulce, pero la noche inspira pensamientos que se acercan mas á la inmortalidad.

I. J. ESCOBAR.

*Del NUEVO PARAISO, periódico literario que ve la luz en Sevilla, copiamos la siguiente POESÍA que nos parece muy digna de publicidad.*

## AL MAR.

Yo te saludo, oh mar embravecido,  
tu espantoso ruido  
es el númen sagrado que me inspira:  
oye el acento de mi ronca lira  
y enfrena tu furor.

Tal vez ántes de ahora en tus orillas,  
mis pálidas mejillas  
de lágrimas amargas se inundaron,  
y tus airadas olas sofocaron  
el eco de mi amor.

Entónces ¡ay! mi loca fantasía  
ardiente se perdía  
en un mundo ideal lleno de flores,  
donde, soñando en amistad y amores,  
era feliz mi ser.

Porque halagado por mis sueños de oro,  
fué mi pasado lloro,  
como la lluvia que tu furia calma,  
bálsame celestial que de mi alma  
calmaba el padecer.

Quizá por eso mi ofuscada mente  
miraba indiferente,  
abismada en su plácida tristeza,  
el inmenso poder y la grandeza  
de tus ondas, oh mar.

Por eso de tus aguas el murmullo,  
oí como el arrullo  
de tórtola feliz correspondida;  
porque el destino entónces de mi vida  
¡ay! era solo amar.

Mas si el terrible empuje con que chocas  
en las desnudas rocas,  
miraba yo con desdeñoso ceño,  
mientras dormido en lisonjero sueño  
amabá una tuerja;

Ahora ya que el corazón no ama,  
ni insensato derrama  
triste llanto tal vez por una ingrata,  
en tus espumas de esmeralda y plata  
encuentro mi placer:

Cuando te agita el irritado viento,  
el eco turbulento  
de tu sordo bramir suena en mi mente,  
cual si oyera la voz omnipotente  
del Supremo Hacedor.

Y contemplo con miedo religioso,  
el ímpetu furioso  
con que surjen tus olas, se acrecientan  
y en la erizada playa se revientan  
con horrible fragor:

Y tornan otra vez; se desvanecen,  
y de nuevo aparecen,  
se agolpan, se confunden, se atropellan,  
y con impulso colosal se estrellan,  
y chocan entre sí.

En tanto, oh mar, con angustioso anhelo,  
la cólera del cielo  
y su eterna bondad temo y admiro,  
sobrecojido de pavor suspiro,  
y tiemblo junto á tí.

Con cuanto afán mis asombrados ojos  
observan los despojos  
que arrastras en tu curso arrebatado,  
y el misero hajel desmantelado  
luchar contigo ven;

Envuelta en tus espumas, ya lo subes  
á las distantes nubes,  
era en su seno cóncavo le ocultas,  
y en el profundo abismo lo sepultas,  
y te hundes tú también.

Ojalá que me fuera concedido  
penetrar atrevido  
contigo hasta el abismo tenebroso,  
escudriñar tu centro proceloso,  
y á salvo aquí volver.

Sublime entonces mi terrible acento  
como el silbar del viento  
resonaría en la asombrada tierra,  
y los arcaños que tu seno encierra  
hiciera conocer.

¡Qué de seres extraños! ¡qué grandeza!  
qué de gloria y riqueza!  
cuantos restos de imperios destruidos,  
contemplara en tus aguas sumerjidos  
con muda admiración!

¿Quién puede penetrarte, mar inmenso?  
con tu furor intenso  
quién se atreve á luchar? donde está el hombre  
á quien tu aspecto aterrador no asombre  
y hiele el corazón?

Agente tú del Criador divino,  
acaso es tu destino,  
de tu recinto lóbrego y profundo  
romper los diques, inundar el mundo  
y al hombre destruir.

Númen de las borrascas, yo te imploro!  
por el ardiente lloro  
que tantas veces se mezcló á tus ondas,  
oye mi ronca voz y no respondas  
con eterno rujir.

IGNACIO CASTILLA.

## RAMILLETE.

TEATROS.—El del Príncipe está á estas ho-  
ras sin empresa que lo mueva y hay gran  
riesgo de que no se abra el primer día de la  
próxima Pascua. No creemos sin embargo que  
se dé el escándalo de dejar cerrado el pri-  
mer teatro nacional, justamente en una épo-  
ca en que los esfuerzos de los poetas y artis-  
tas lo iban elevando á una altura digna de  
la ilustración del siglo. El de la Cruz, cuya  
platea está recibiendo considerables mejoras,  
estrenará el año cómico con *la Straniera* de  
Bellini.

— *Instrumentos de música.* — Los periódicos han hablado de un órgano expresivo, inventado en Viena, que reproduce los sonidos de la voz humana con entera ilusión y tanta fuerza que parece el instrumento un coro de veinte ó treinta cantores. Es probable que esta novedad cause una verdadera revolución en la música.

— Para muestra de lo que vale un artista en Inglaterra insertamos el hecho siguiente. Una suscripción abierta para erigir una estatua á Wellington ha producido 45.000 duros. Esta enorme suma es la señalada por su trabajo al estatuario Chantry, encargado de la obra, y el pago se ha contratado de este modo: 15.000 duros al firmar el contrato; 10.000 al concluirse el modelo; y los 20.000 restantes al entregar la estatua. El gobierno suministrará el bronce. La estatua será ecuestre y tendrá 10 pies de altura desde los pies del caballo á la coronilla de la cabeza del jinete.

Editor responsable — A. GUERRERO.